ENCIERRO POEMAS DE PANDEMIA GABRIEL CISNEROS ABEDRABBO

ENCIERRO

POEMAS DE PANDEMIA



Gabriel Cisneros Abedrabbo



MUNICIPALIDAD DE LIMA

Gabriel cisneros abedrabbo

Encierro
Poemas de pandemia



Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

GABRIEL
CISNEROS
ABEDRABBO

Gabriel Cisneros Abedrabbo

(Latacunga, Ecuador, 1972)

Coordinó en Chimborazo la campaña provincial de lectura *Cien Joyas para Leer.* Ha sido editor de más de cien títulos de varios autores y director de varias revistas culturales. Fue Viceministro de Cultura de Ecuador. Publicó *Ceremonias de amor y otros rituales* (1996), *Ego de piel y Cópula panteísta* (2003), *El otro Dios que soy Yo* y *Ombligo al infierno* (2004), *Mujeres para morir* (2005), *Peregrinaje y raptos* (2006), *Para justificar el aire en los pulmones* (2009), 20 *giros en la pólvora y otros textos* (2010), *Mi yo malo* (2012), *Pieles* (2014), *Obituarios de la Carne* (2016) y *Solemnidad del fuego* (2019), libro publicado en la colección del VII FIP Perú, Primavera Poética. Sus textos fueron traducidos al inglés, árabe, rumano y gallego.

Encierro: Poemas de pandemia

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poéica para las ediciones de la colección del Programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

ENCIERRO

Poemas de pandemia

Encierro

Tambores en las brasas,
rito de ida y vuelta
en resignificar el paisaje,
donde sin miedo vamos dejando señales.

Mundo
girando alrededor de sí mismo
en la desgarrada vía láctea,
donde percusiones
y seres ebrios marcan el ritmo;
desnudo en las seis fronteras del espejo,
evadiendo abismos,
descubriéndose como una semilla
que algún día podrá albergar
aves extrañas.

Tú, yo, nosotros
conectados por la electricidad inagotable de la vida,
vibramos,
caemos y nos levantamos
en las ondas místicas,

donde la muerte y la negación
no pueden
desvanecer el fuego que encendemos
con la piel;
éxodo al oxígeno
y a los elementos constitutivos de los seres.

Cuerpo y espíritu;
conjunción perfecta
cuando danzo,
cuando danzas,
cuando danzamos:
igual que arriba,
igual que abajo.

Claraboya, fuga,
libertad en las esferas.
No, no estoy muerto,
no, no estoy preso;
me desdoblo de mí mismo
en todas las posiciones del infinito,
fluyo, traspaso paredes,
semáforos, vértices.

Vuelo,
no hay fronteras, barreras o dudas
al entender y vivir
los tránsitos olvidados de la libertad.

Danza de señales,
cuerpo donde es imposible negar
la dualidad eterna;
donde las preguntas no se cierran
y no hay atajos
ni olvido
en el hilvanar lento de la memoria.

Cuerpo:
río, mar, materia oscura;
geografía donde los elementos
transmutan todos los viajes
en el redescubrir
la luz que estuvo perdida.

Llamada

Dios,
en este caminar,
en los injustificados
silencios de la nada,
en el vaso rompiéndose
frente a la mano sangrante,
en el apocalipsis que cada centuria
se lleva de nosotros
ángeles que no resistieron
la paz del paraíso;
en el ósculo
y en la madre marchitándose
en la tumba silente.

Dios,
en el encierro,
donde la lluvia niega
el repetir el nombre
de quienes fueron
el vivero de donde nos nacieron alas;
en la luna

a la que nadie pudo
encadenar.

Dios en el espejo
y en el agua,
donde podemos ser mar
en su substancia.

Levantamos la esperanza

Levantamos la esperanza
en los costados que nos dividen,
en las grietas de nuestro encierro,
de nuestro aire dolorido,
rotos al no poder
tocar las despedidas.

Levantamos la esperanza
sabiendo que estamos desprotegidos
y que una luz desde adentro
va tejiendo ese futuro
donde
respiraremos los pájaros
que antes desconocimos.

Levantamos la esperanza
en la mirada de los abuelos,
somos parte de la tierra
nunca fuimos dueños de ella;
lo importante es lo simple
y lo más próximo;

el rocío cubriéndonos
y los amigos gritando la felicidad
de los abrazos.

Levantamos la esperanza
porque la realidad no será la misma;
este duelo colectivo
ha sacado de nosotros
las vaciedades inútiles
y hasta sin creer
hemos mirado al Altísimo,
como pidiéndole
que se ponga de nuestro lado.

Levantamos la esperanza
porque cuando nos volvamos a ver
sin una máquina entre nosotros
la ciudad tendrá más cantos,
el aire estará más limpio
y tal vez no olvidemos
lo que hoy soportamos.

Levantamos la esperanza
en las calles que ahora duermen,
porque cuando despierten

sonrían en nuestros hijos
y nunca más desdeñemos
nuestros propios
e imperfectos paraísos.

Poema de la furia

Malditos,
los que en su oropel de azufre
cortan nuestro pecho —sus costados—,
los que sin mirarnos en su asco
nos dan un número en la desgracia
y frente a nuestras hiedras,
rompiendo encierros,
derraman escafandras,
mientras prenden fuego
a cadáveres anónimos
y expatriados del descanso.

Malditos
los que trafican
las vacunas y el empleo,
los que nos culpan por haberlos elegido,
los que nunca estuvieron a la altura del destino
y con arrogancia nos llaman ignorantes.

Malditos,
los que matan la humanidad con dos monedas,

los que olvidaron
miel lastimada en las espinas,
los que han encerrado
a Dios en una prédica de domingo.

¡Malditos!

Teman al animal herido,
al grito cansado del encierro.
Su soledad hará
que entre ustedes se saquen la luz,
que olviden la llama circular del sacrificio.

Teman
el misterio húmedo de la resurrección
cuando los hijos, los nietos y
los árboles plantados,
por quienes zarparon al eterno oriente,
no les escuchen ni les hablen;
cuando se vean extintos en vida
y no puedan
volver de las traiciones.

¡Malditos!

Teman de nosotros
la palabra,
la auditoria implacable de las horas,
el arte que retrata su vergüenza,
la furia del poema
que como un diluvio de alacranes
les harán extinguirse
en la fétida humedad de su indolencia.

Escribo,
globos de asbesto,
como si fueran
las palabras de un suicida
que, al final del parte judicial,
nadie escucha.

Escribo,
lleno de lugares
y puntos comunes en mi vida,
harto de mí
—escribo de mí—,
de ella,
de la obsesión que tiene
de pintarse las pestañas con carbón,
del olor y la tonalidad
de la música que canta,
de cómo puede hacerme sentir
con un gesto
cuando dobla con extravío sus tardes.

Escribo porque no calzo en el mundo;
soy un inadaptado
que no encuentra la forma de poner un pie a tierra,

de sacarse esas preguntas raras que nadie se hace
y, por ende, que nadie responde.
En medio de todo,
como una máquina de hielo
en los polos,
ella,
sin necesidad de cuestionarse o cuestionarme,
da respuestas que me calman.

Habitados

Parecería que estamos solos,
un hado invisible cerró los caminos,
convirtió en delito compartir el aire,
la tierra, el abrazo;
todas las fronteras restringen el cuerpo
al son invisible
que contorsiona la muerte.

Se detuvo el tiempo en cuatro paredes,
frente a una pantalla
navega Caronte;
las madrugadas lloran sangre
con las cifras rotas de nuevas ausencias.

No, no estamos solos,
el espíritu humano levanta su brillo;
por cada vida arrancada
hay seres que salvan el níquel del alma.

Una fuerza que viene de dentro
superior a todo,

sigue inventando
alegrías para el reencuentro.

Tal vez sea Dios, tal vez no lo sea
la furia en las bibliotecas, el vidrio y los mares;
tal vez sea Dios, tal vez no lo sea
el bronce que en todos nosotros
enciende una llama.

Corroe la carencia

Más que la muerte
corroe la carencia;
el no poder sentir
la luminosidad de las palabras
en la caracola bañada por el rocío,
el éxodo de las utopías
en el ostracismo
indecoroso de los miedos,
el cerrar todos los muros
a la música, los versos, el arte,
el levantarnos sin ansias,
sabiendo que están clausurando los parques
y que el pronóstico clínico de la humanidad
es reservado;
más que la muerte
nos naufraga, nos hunde la apatía,
esa sin razón que nos obliga día a día
a repetir los gestos
sin entender que frente a nosotros está la poesía.

Presente,
aquí estoy para ustedes,
desde mi hogar donde todos caben,
donde los violines no se han detenido
en el recordar a aquellos
que me ayudaron a defender la libertad,
donde los libros honran
los gestos de quienes con mandil de constructor
unen los mundos y dan dignidad
en la blancura de los espinos,
aquí estoy en oficio de aprendiz de juglar
para cantarles todas las maravillas:
los olores del aire
y las partículas invisibles, donde otras vidas
inventan otros lenguajes
en la infinita transmutación.

Con fuerza, repito presente,
con fuerza les invito a cantar,
con un cielo y un aire más limpio,
nuevas formas de amar.

Con la etiqueta de una morgue
pegada en la frente,
sintiendo la siniestra espera
de la muerte,
dejamos en una esquina sin bordes
los antiguos presagios,
el anonimato de nuestros olores
que al fundirse
interpretaban nuevas formas en el perfume.

Siempre dijimos
que habría una vida y un tiempo
para ondear nuestra bandera;
que ese bello infierno
bailando nuestros cuerpos,
no se iba a ahogar ahí
que lo anunciaríamos
en un conjuro de cuervos negros.

Nuestro tiempo no sigue debiendo;
quizá la muerte
en esta poda humana,
nos permita vencer en otra vida
lo que no pudimos vencer en esta.

Nuestras plazas y parques
esperan deshabitados
que los recorramos
en un atardecer
sin virus en el aire.

Vuelapluma

Mi madre podía
dar dos circunferencias a la muerte,
sacar sus cantos de la pared,
descoser la tierra
y dejar que brote música negra;
como una maga que no se conocía
eclipsaba los metales,
la trigonometría de las esferas
y el nombre que por primera vez
dio sentido al cónclave de los enigmas.

Eternidad
que busco en flores que brotan,
en tumbas apenas emergidas de la vida.

Dicen que mi abuela
era como Alejandro Dumas,
de una palabra paría mil.

Mi turquita,
por el pasaporte y lo dulce del vocablo;

mi bella luz de los olivos de Palestina
en sus ojos trajo el polen
y los misterios de oriente.

Parió doce hijos
frente al éxodo de un abuelo
que apenas entendió
los naufragios y la soledad.
Y la madre de mi abuela
y la madre de su madre
son materia,
donde se contrae y multiplica
la singularidad indescriptible
de la poesía,
ya sea para levantar a los muertos
o para cantar a los vivos hasta que duerman.

Nos quieren borrar de la historia,
amor mío, que no se sepa
que en las huelgas
pintamos las ciudades de poesía
y encendimos bibliotecas
con la física sagrada;
temen la libertad,
el olor de los nardos
y la irreverencia
que no guarda silencio;
temen que otros mirlos
se atrevan a cantar nuestras melodías.

Nos han puesto en cuarentena
y anuncian el naufragio
con un cinismo
que desgarra lo bello y simple;
somos cristales heridos que sangran,
cristales heridos
que se resisten a morir sobre la niebla.

Ellos no saben,
amor mío,
que juramos sobrevivir,

que nuestra voz no se apaga
y que hay presagios
de una caverna abandonada
en retomar el viaje y los senderos.

Ellos no saben
que nos vamos a quedar
como huella fundida a la memoria.

Pájaro en jaula

A Marie Lise Gazarian Gautier

Detrás de las paredes había un mundo;
línea de espacios,
donde solíamos inventar algoritmos de locura,
plazas de helio
llenas de helado y de domingo,
donde sacábamos el amanecer de las palabras.

Detrás de las paredes hay un mundo;
hay que esperar por él
en la copa de un sombrero frondoso,
cantando florecillas de esperanza
como el pájaro que el final del ocaso
puede salir de la jaula
a darle nuevos aromas a la libertad.

Yo la amé,
miles de años
de su muerte y de la mía.

Andrómeda,
yace en el cielo a la espera
que las estrellas en su conjunción me miren.

Verde, así la sentí,
lejana a este mundo,
incomprendida en este mundo,
su olor a sal me permitió
adivinar su cercanía con el mar
y la substancia misteriosa de los arrecifes.

Yo la amé,
antes de saber su nombre,
antes del génesis y el fin de todo.

Esto de soñar,
de sacar la piedra filosofal
a la materia incierta;
de invertir la niebla
con épicas de puerto
en su naufragio.

Esto de respirar,
que parece tan sencillo,
a veces cómo duele.

Solo en este plano,
la carne se deshace de los huesos;
el reencuentro es una vuelta de compás,
una antorcha,
la luna en la epifanía
de un imposible,

Útero
de mar en las estrellas,
únicamente en este lado del muro,
los muertos salen de la tierra.

En la terrible sospecha de la muerte;
en los pétalos negros volando
a tumbas apresuradas
de quienes se van
sin alcanzar a despedirse;
en lo que no reconocemos
de nosotros,
en los colores epilépticos
de la carne pútrida,
debe existir una luz,
que nos haga entender
la inmensidad de las tinieblas,
una luz que viaje
en la substancia que abandona los cuerpos,
una luz que no nos abandone
frente al estaño inescrutable de los tiempos.

Debe haber una luz
que nos unja,
que redima la soledad y las cenizas
olvidadas de los muertos.

Me quedo suspendido de tu silencio
como de una eternidad dolorosa,
sabiendo que pararon los aviones
y que el otro lado del mundo
es un territorio al que no he de volver.

Un día te levantaste de la muerte
recordando el futuro,
el olor de flores que nunca
habías descubierto;
ahí estábamos
en medio de una isla
esperando que suenen las campanas
y se rompa la burbuja.

A pesar
que estás en mi guarida,
extraño la bicicleta
donde los dioses
descubrían que el frío de los Andes hiere.

Esta orfandad
nos envuelve en papel reciclado
sin que hayamos estirado
todas las palabras que debíamos nombrar.

Cuántas se ahogaron
en una pila de cadáveres;
cuántas en la piedra carcomida
por despedidas en la lejanía;
cuántas en el diccionario
de una academia
que no sabe cómo nombrar a esos muertos
que se descomponen
y nos rompen en lejanías de asbesto.

Bécquer vaticinó
la soledad en que desaparecen los cuerpos.

Qué solos
nos quedamos sin nuestros muertos,
derrotados y vencidos
esperando nuestra hora
en una tumba grande donde dormimos.

En mis sueños,
estaba muerto;
tú sin miedo
me sacaste de la pila de cadáveres;
lavaste y diste a mi cuerpo
el perfume de la dignidad.

En mis sueños,
resucitaba solo para morir en tus brazos.

Me devuelves
al vino del poema;
me llevas con su maravilloso viaje.

Frente a la muerte está la poesía;
frente a los árboles está la poesía;
frente a mí mismo
—en los miedos
de absoluta soledad—
está la poesía.

Me levanto
de la muerte,
como en una residencia
ajena e ignota,
donde no entrará nunca la luz.

Me levanto
de seres que apenas
pivotean en la luz de los mármoles,
cuando rosas de vidrio molido
se posan en los confesionarios
de nostalgias descarnadas.

Me levanto
de mi corazón como de un campo santo
lleno de tumbas sin nombre.

Levantamos la esperanza
porque cuando nos volvamos a ver
sin una máquina entre nosotros
la ciudad tendrá más cantos,
el aire estará más limpio
y tal vez no olvidemos
lo que hoy soportamos.



Colección
Lima Lee

